

RUTH HOGAN

EL
GUARDIÁN
DE LOS
OBJETOS
PERDIDOS



Traducción de Antonio-Prometeo Moya



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2018

Título original: *The Keeper of Lost Things*

© Tilbury Bean Books Ltd 2017

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2017 por Two Roads
Un sello de John Murray Press, una empresa de Hachette UK

© 2018, de la traducción: Antonio-Prometeo Moya

© 2018, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-17128-14-2

Código IBIC: FA

DL B 9479-2018

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Bill, mi leal piloto de flanco,
y la princesa Tilly Bean

*Quien no se atreve a abrazar la espina
no debería desear la rosa.*

ANNE BRONTË

1



Charles Bramwell Brockley viajaba solo y sin billete en el tren de las 14:42 de London Bridge a Brighton. La lata de galletas Huntley & Palmers en la que se encontraba osciló peligrosamente en el borde del asiento cuando el tren se detuvo con una sacudida en Haywards Heath. Pero en el momento en que se inclinaba hacia el suelo del vagón, unas manos firmes impidieron la caída.

Se alegraba de estar en casa. Padua era una sólida villa victoriana de ladrillo rojo, con un porche de techo inclinado y cubierto de madreselvas y clemátides. El fresco y resonante vestíbulo, que olía a rosas, acogió al hombre que llegaba del implacable resplandor del sol vespertino. Dejó la bolsa, puso las llaves en el cajón de la consola y colgó el panamá en el perchero. Estaba rendido, pero la quietud de la casa apaciguó su ánimo. La quietud, no el silencio, vagamente turbado por el tictac de un reloj de péndulo y el lejano rumor de un viejo frigorífico. Y en el jardín cantaba un mirlo. Pero la casa no estaba contaminada por los leves zumbidos de la tecnología. No había ordenador, ni televisor, ni re-

productor de CD o DVD. Las únicas conexiones con el mundo exterior eran un antiguo teléfono de baquelita, que estaba en el vestíbulo, y una radio. Ya en la cocina, dejó el grifo abierto hasta que el agua salió helada y llenó un vaso. Era demasiado temprano para una ginebra con lima y hacía demasiado calor para tomar té. Laura no volvería hasta el día siguiente, pero le había dejado una nota y una ensalada de jamón en el frigorífico para que cenara. Siempre tan atenta. Se bebió todo el vaso.

Cuando volvió al vestíbulo, sacó una llave del bolsillo del pantalón y abrió una pesada puerta de roble. Recogió la bolsa y entró en la habitación, cerrando suavemente tras de sí. Estanterías y cajones, cajones y estanterías, estanterías y cajones. Tres paredes completamente ocupadas, todos los estantes llenos y todos los cajones a rebosar de tristes objetos heterogéneos acumulados durante cuarenta años, debidamente etiquetados y colocados. Las cortinas de encaje que cubrían las puertas de cristal mitigaban la ardiente claridad del sol de la tarde. Por la ranura que quedaba entre ellas se filtraba un rayo de luz que cortaba la oscuridad e iluminaba las motas de polvo flotante. El hombre sacó de la bolsa la lata de galletas Huntley & Palmers y la dejó con cuidado encima de una ancha mesa de caoba, la única superficie despejada de la habitación. Levantó la tapa e inspeccionó el contenido: una sustancia de color gris pálido, con la textura de la arena de grano grueso. Hacía muchos años había esparcido algo semejante en la roaleda de la parte posterior de la casa. Pero no podían ser cenizas humanas. Nadie las dejaba en un tren, dentro de una lata de galletas. Volvió a tapar la lata.

Había querido entregarlas en la estación, pero el empleado que recogía los billetes, convencido de que no era más que basura, le había sugerido que la echara en la papelera más cercana.

–Se sorprendería usted de la cantidad de basura que dejan en los trenes –había dicho, desentendiéndose de Anthony al tiempo que se encogía de hombros.

Nada sorprendía ya a Anthony, pero las pérdidas, grandes y pequeñas, le producían siempre cierta emoción. De un cajón sacó una etiqueta de papel marrón y una estilográfica con plumín de oro. Escribió cuidadosamente con tinta negra el día, la hora y el lugar, todo muy detallado:

*Lata de galletas Huntley & Palmers
con posibles cenizas de crematorio.*

*Encontrada en vagón sexto desde la locomotora,
tren de las 14:42 de London Bridge a Brighton.*

Difunto desconocido.

Dios lo tenga en su seno, descanse en paz.

Acarició la tapa con ternura antes de encontrar un sitio en las estanterías y dejar la lata con delicadeza.

El reloj del vestíbulo dio la hora de la ginebra con lima. Sacó del frigorífico cubitos de hielo y zumo de lima, y los llevó a la habitación que daba al jardín en una bandeja de plata con un vaso verde para cóctel y un platito de aceitunas. No tenía hambre, pero esperaba que la bebida le abriera el apetito. No quería decepcionar a Laura no tocando la ensalada que le había preparado con tanto esmero. Dejó la bandeja y abrió

la ventana que daba al jardín de la parte posterior de la casa.

El gramófono era un bonito aparato de madera con un altavoz curvo en forma de bocina. Levantó el brazo de la aguja y lo colocó suavemente encima del disco de color regaliz. La voz de Al Bowlly flotó en el aire y salió al jardín, compitiendo con el mirlo.

Solo con pensar en ti.

Había sido la canción de ambos. Apoyó los largos brazos en el cómodo sillón orejero. De joven, su volumen había armonizado con su estatura y su figura había resultado impresionante, pero la vejez le había reducido la masa muscular y ahora tenía la piel mucho más cerca de los huesos. Con el vaso en una mano, brindó por la mujer cuyo retrato con marco de plata sostenía con la otra.

-¡Chinchín, querida criatura!

Bebió un sorbo y estampó un beso cariñoso y nostálgico en el cristal del retrato, antes de dejarlo en la mesa que tenía junto al sillón. No era una belleza clásica: una joven con el pelo ondulado y unos grandes ojos negros que resplandecían a pesar de que la vieja foto no era en color. Pero era increíblemente llamativa, con una presencia que, a pesar del tiempo transcurrido, aún tenía fuerza suficiente para cautivarlo. Aquella mujer seguía presente en su vida. Su muerte, ocurrida cuarenta años atrás, le había proporcionado a Anthony Peardew una misión: lo había convertido en el guardián de los objetos perdidos.



Laura había estado perdida; a la deriva y sin esperanza. Se mantenía ligeramente a flote por una desafortunada combinación de Prozac, Pinot Grigio y la falsa ilusión de que no sucedía nada. Que no existía su relación con Vince. Anthony Peardeu y su casa la habían salvado.

Mientras frenaba y aparcaba el coche delante de la casa, pensaba en el tiempo que llevaba trabajando allí: cinco años, no, casi seis. Se encontraba en la sala de espera de su médico, hojeando nerviosamente unas revistas, cuando le llamó la atención un anuncio publicado en *Lady*:

*Escritor necesita
ama de llaves/ayudante personal.
Interesadas diríjanse por escrito a Anthony Peardeu
Apartado 27312*

Había entrado en el consultorio con intención de pedir otros fármacos para que su desdichada vida resultara más soportable y había salido decidida a solicitar un empleo que, casualmente, transformaría su existencia.

Cuando giró la llave en la cerradura y cruzó la puerta principal, la paz de la casa la envolvió como siempre. Se dirigió a la cocina, llenó el hervidor y lo puso en el fuego. Anthony estaría fuera, dando su paseo matutino. La víspera no había detectado el menor rastro de él. Había ido a Londres, a ver a su abogado. Mientras esperaba a que hirviera el agua, echó un vistazo a los papeles que Anthony le había preparado: unas facturas que pagar, unas cartas a las que responder en su nombre y una nota en que le decía que pidiera hora a su médico. Laura sintió un hormigueo de ansiedad. Se había esforzado por no contemplar cómo se consumía durante los últimos meses, como un delicado retrato al que le da el sol demasiado tiempo y acaba por perder definición y color. Cuando había hablado con él por primera vez, muchos años antes, era un hombre alto y musculoso, con abundante pelo negro, ojos del color de la tanzanita y una voz como la de James Mason. No había sospechado que tenía sesenta y ocho años.

Laura se había enamorado del señor Peardew y de la casa momentos después de cruzar la puerta. El amor que sentía por él no era romántico, sino más bien el que experimenta una niña por su tío favorito. Su bondadosa fortaleza, sus modales serenos y su impecable educación eran cualidades que Laura, aunque un poco tarde, había aprendido a valorar en un hombre. Su presencia la animaba en todo momento y hacía que apreciara su propia vida de un modo que no sentía desde hacía mucho. El señor Peardew era una seguridad constante, como Radio 4, el Big Ben y *Tierra de esperanza y gloria*. Pero siempre se mostraba un poco distante. Ha-

bía una parte de sí mismo que nunca revelaba; siempre quedaba un secreto. Laura se sentía contenta. La intimidad, tanto física como emocional, la había decepcionado siempre. El señor Peardeew era el jefe perfecto que con el tiempo se había transformado en Anthony, un buen amigo. Pero un amigo que nunca se acercaba demasiado.

En cuanto a Padua, la casa, Laura se había enamorado de ella gracias al mantelito de la bandeja. Durante la entrevista Anthony la había invitado a un té y se lo había servido en la habitación del jardín: tetera con cubreteteras, jarrita de leche, azucarero con tenacillas, tazas, platillos, cucharillas de plata y colador con su correspondiente pie. Todo en una bandeja cubierta con un paño. Lino inmaculadamente blanco con cenefa de puntilla. El mantelito de la bandeja fue el toque definitivo. Padua era sin la menor duda una casa en la que todas aquellas cosas, incluso el paño de la bandeja, pertenecían a la vida cotidiana y el señor Peardeew era un hombre cuya vida cotidiana era exactamente la que deseaba Laura. Al poco de casarse, Vince se burlaba de ella por querer introducir aquellos detalles en su casa. Si se veía obligado a prepararse el té, dejaba la bolsita usada en el escurridero, a pesar de que Laura no paraba de decirle que la tirase a la basura. Bebía la leche y los zumos de frutas directamente del envase, comía con los codos en la mesa, sujetaba el cuchillo como si fuera un lápiz y hablaba con la boca llena. Todos estos detalles eran insignificantes cuando se consideraban individualmente, como muchas otras cosas que hacía y decía y que Laura se esforzaba en pasar por alto, pero le molestaban en

lo más hondo. Con el paso de los años, el aumento de aquellos detalles –tanto en cantidad como en frecuencia– endurecieron el corazón de la mujer y se alzaron como un obstáculo que le impedía satisfacer su deseo de gozar aunque solo fuera de una parte modesta de la vida que había visto en casa de sus antiguas amigas del colegio. Cuando las burlas de Vince adquirieron tintes humillantes, objetos como un paño de bandeja solo serían para acicatear su desprecio. Al igual que Laura.

La entrevista había tenido lugar el mismo día que Laura cumplía treinta y cinco años y había sido asombrosamente breve. El señor Peardew le había preguntado cómo tomaba el té y luego lo había servido. Apenas hubo unas cuantas preguntas por ambas partes antes de que él le ofreciera el empleo y ella lo aceptara. Había sido el regalo perfecto para Laura... y también el renacer de su esperanza.

El silbido del hervidor interrumpió el recuerdo. Llevó el té a la habitación del jardín, con un trapo y un abrillantador. Detestaba limpiar, sobre todo después de haber compartido casa con Vince. Pero en Padua era un acto de amor. La primera vez que la había visto presentaba un aspecto un tanto descuidado. No estaba sucia ni envejecida, sino ligeramente desatendida. Muchas habitaciones ni siquiera se utilizaban. Anthony estaba casi todo el tiempo en la habitación del jardín o en su estudio y ningún invitado se quedaba nunca a dormir en los dormitorios sobrantes. Con gentileza y amabilidad, habitación por habitación, Laura había devuelto la vida a la casa a base de amor. Exceptuando el estudio. Nunca había estado en el estudio. Anthony

le había dicho desde el principio que allí solo entraba él y, cuando no estaba en casa, permanecía cerrado con llave. Laura nunca había puesto objeciones. Pero todas las demás habitaciones estaban como los chorros del oro, preparadas para cualquier visita, aunque nunca recibieran ninguna.

Ya en la habitación del jardín, cogió el retrato con marco de plata y frotó el cristal hasta que le sacó brillo. Anthony le había dicho que la mujer retratada se llamaba Therese y Laura sabía que debía de haberla amado mucho, porque era la única mujer que aparecía en las tres fotos que había en toda la casa. Las otras dos eran reproducciones de una misma instantánea en que estaban Anthony y Therese juntos: una se encontraba en una pequeña mesa que el hombre tenía junto a su cama y la otra en el tocador del amplio dormitorio situado al fondo de la vivienda. En los años que habían transcurrido desde que conocía a Anthony, nunca lo había visto con un aspecto tan feliz como en aquella foto.

Cuando dejó a Vince, su último gesto había sido tirar a la basura la gran foto enmarcada que se habían hecho el día de su boda, no sin antes aplastar con el tacón, haciendo añicos el cristal, la sonrisa de suficiencia de su marido. Que se quedara con Selina, la de «Mantenimiento». Vince era un auténtico cretino y aquella había sido la primera vez que Laura lo admitía de verdad, incluso ante sí misma, aunque no por eso se había sentido mejor. Por el contrario, al pensar en los años que había malgastado con Vince solo sentía tristeza. Pero Laura no había terminado los estudios, carecía de experiencia laboral y no tenía medios para mantenerse

por su cuenta, de modo que tampoco le quedaban demasiadas opciones.

Cuando terminó en la habitación del jardín, cruzó el pasillo y subió por la escalera, pasando el trapo por la curva barandilla de madera y dejando tras de sí una estela de brillos dorados. A menudo, se preguntaba qué habría en el estudio, desde luego. Pero respetaba la intimidad de Anthony como él respetaba la suya. El dormitorio más grande del piso superior era también el más bonito y tenía un mirador que daba al jardín trasero. Era el cuarto que Anthony había compartido antaño con Therese, aunque ahora dormía en la habitación contigua, más pequeña. Abrió la ventana del mirador para que entrase el aire. Los rosales del jardín estaban en flor: pétalos rizados como volantes de color escarlata, rosa y crema; y los arriates de alrededor desbordaban de trémulas peonías entre zafirinas lanzas de espuelas de caballero. El aroma de las rosas ascendía en el cálido aire y Laura aspiró profundamente para inhalar aquel perfume embriagador. Pero aquel dormitorio siempre olía a rosas. Incluso en mitad del invierno, cuando el jardín estaba helado y dormido, y las ventanas selladas con la escarcha. Estiró y acarició la ya tersa colcha y ahuecó los cojines de la otomana. El cristal verdoso del tocador destellaba a la luz del sol, a pesar de lo cual le pasó el trapo por encima cariñosamente. Pero no todo estaba impecable en el dormitorio. El pequeño y esmaltado reloj azul había vuelto a pararse. Marcaba las 11:55 y no emitía ningún tictac. Todos los días se detenía a la misma hora. Consultó su reloj y movió las saetas del otro. Luego, con mucho cuidado,

giró la pequeña llave de cuerda hasta que volvió a oírse el tictac y lo dejó otra vez en el tocador.

El golpe de la puerta principal al cerrarse le indicó que Anthony había vuelto de su paseo. A continuación, oyó la cerradura de la puerta del estudio y el chasquido que producía esta al abrirse y cerrarse. Laura conocía de memoria aquella secuencia de ruidos. En la cocina preparó una cafetera que puso en una bandeja con una taza y un platillo, una jarrita de leche y un plato con galletas digestivas. Salió al pasillo con la bandeja en la mano y llamó suavemente a la puerta del estudio. Cuando abrió Anthony, le entregó la bandeja. El hombre parecía cansado, como si el paseo lo hubiera debilitado más que animarlo.

-Gracias, querida.

Laura advirtió con pesar que las manos masculinas temblaban ligeramente al recoger la bandeja.

-¿Le gustaría comer algo en particular? -preguntó con voz persuasiva.

-No, no. Seguro que lo que usted decida estará delicioso.

La puerta se cerró. Al volver a la cocina lavó la taza sucia que había aparecido en el fregadero y que sin duda había dejado allí Freddy, el jardinero. Freddy llevaba un par de años trabajando en Padua, pero sus caminos se cruzaban muy poco, lo cual descorazonaba a Laura, que habría querido conocerlo mejor. Era alto y moreno, pero no tan apuesto como para ser un modelo. Tenía una pequeña cicatriz que le corría verticalmente por el labio superior y le torcía un poco la comisura de la boca, pero el efecto era más bien atractivo y le daba

a su sonrisa un encanto picaresco. Se dirigía a ella con amabilidad cuando coincidían, pero no más de la que exigían las normas de cortesía, lo cual no animaba a Laura a buscar la amistad del hombre.

Empezó a ordenar los papeles. Las cartas se las llevaba a casa y allí las mecanografiaba con el portátil. Cuando había entrado a trabajar en Padua, Laura corregía los manuscritos y los mecanografiaba con una antigua máquina de escribir eléctrica, pero hacía años que Anthony no escribía y Laura lo echaba de menos. Cuando era más joven había acariciado la posibilidad de dedicarse a escribir profesionalmente; novelas o tal vez periodismo. Hacía multitud de planes. Era inteligente, había conseguido una beca para estudiar en el instituto femenino local, con posibilidad de ir a la universidad. Habría podido tener –debería haber tenido– la vida que le gustaba. Pero había conocido a Vince. A los diecisiete años todavía era vulnerable, estaba sin formar y desconocía sus propias aptitudes. Era feliz en el instituto, aunque la beca venía a significar que no se encontraba exactamente en su sitio. Su padre trabajaba en una fábrica, su madre era dependienta de una tienda y los dos estaban muy orgullosos de su inteligente hija. Habían tenido que ahorrar para comprar cada complemento del caro uniforme escolar: objetos desconocidos e innecesarios como calzado para el interior y el exterior. Todo tenía que ser nuevo. Nada de segunda mano para su hija y Laura se sentía sinceramente agradecida. Conocía bien los sacrificios que habían hecho sus padres. Pero eso no bastaba. Ser brillante y tener un excelente aspecto no era suficiente

para introducirse sin llamar la atención en la vida social de quienes integraban las bases del consejo escolar. Chicas para las que era normal y corriente pasar las vacaciones en el extranjero, ir al cine, asistir a cenas colectivas o navegar los fines de semana. Tenía amigas, desde luego, muchachas amables y generosas, y aceptaba sus invitaciones a quedarse en grandes casas con sus amables y generosos padres. Casas grandes en las que el té se servía en teteras, las tostadas en soporte metálico, la mantequilla en platillos, la leche en jarritas y la mermelada con cucharilla de plata. Casas con nombre en vez de número, con terraza, pista de tenis y setos esculpidos. Y paños en las bandejas. Allí veía una vida diferente que la fascinaba. Que hacía crecer sus esperanzas. En su casa la leche estaba en botellas, la margarina en tarrinas, el azúcar en sobres y el té en un tazón, y todo aquello era como tener los bolsillos llenos de piedras que le impedían ascender. A los diecisiete años se encontraba en un terreno situado entre dos mundos sin pertenecer a ninguno. Fue entonces cuando conoció a Vince.

Era mayor que ella, apuesto, creído y ambicioso. Laura se sintió halagada por sus atenciones e impresionada por su seguridad. Vince estaba seguro de todo. Incluso se había puesto un apodo: Vince el Invencible. Era vendedor de coches y conducía un Jaguar E-Type de color rojo, una virguería con ruedas. Los padres de Laura quedaron consternados. Habían esperado que tuviera una vida mejor gracias a los estudios; una vida mejor que la de ellos. Una vida con más comodidades y menos esfuerzos. Puede que no entendieran lo de los

paños de bandeja, pero sabían que la vida que deseaban para su hija comportaba algo más que dinero. Para Laura, nunca había tenido nada que ver con el dinero. Para Vince el Invencible, nunca había tenido nada que ver con algo que no fuera el dinero y la posición social. El padre de Laura no tardó en poner a Vince Darby un apodo privado: VD.*

Al cabo de unos cuantos años de infelicidad, Laura se preguntaba a menudo qué habría visto Vince en ella. Era mona, pero no hermosa, y no presentaba esa armoniosa combinación de dentadura, tetas y culo en que Vince solía fijarse. Las chicas con las que Vince salía normalmente se bajaban las bragas con la misma facilidad con que se comían preposiciones. Puede que a ella la hubiera visto como a una presa superior. O como una novedad. Fuera lo que fuese, le bastó para creer que sería una buena esposa para él. Con el tiempo, Laura acabó sospechando que la petición de mano había estado tan motivada por el deseo de posición como por el deseo sexual. Vince tenía mucho dinero, pero eso solo no bastaba para que lo admitieran en la masonería o lo nombraran presidente del club de golf. Con sus buenos modales y sus estudios en un colegio privado, la misión de Laura era poner una pátina de refinamiento social a los billetes del mozo. El mozo acabaría sufriendo una amarga decepción, pero no tan amarga como la de Laura.

Cuando se enteró de que Vince tenía una aventura, fue fácil echarle la culpa de todo; presentarlo como a un

* VD es la abreviación de *Venereal Disease*, enfermedad venérea. (N. del T.)

desaprensivo de novela de Jane Austen, mientras Laura aparecía como una heroína virtuosa que se quedaba en casa tejiendo fundas para el papel higiénico o cosiendo cintas en su sombrero. Pero en lo más profundo de su ser sabía que todo aquello era una fantasía. Desesperada por huir de una realidad que no la hacía feliz, había pedido a su médico que le recetara antidepresivos, pero el médico le había sugerido que viera a un terapeuta antes de caer en el consumo de fármacos. Para Laura, solo era un medio para alcanzar un fin. Había esperado conseguir una receta mareando y humillando un poco a una señora normal y corriente, poquita cosa, madura y con vestido de poliéster, que seguramente se llamaría Pamela. Pero se había encontrado con una rubia vivaracha, vestida con elegancia y llamada Rudi que la había obligado a afrontar unos cuantos hechos desagradables. Le había dicho a Laura que escuchara la voz que sonaba dentro de su cabeza, esa misma voz que le señalaba verdades molestas y le presentaba razones incómodas. Rudi lo llamaba «sintonizar con su lenguaje interior» y decía que para Laura sería «una experiencia muy gratificante». Laura lo llamaba «confraternizar con el Hada de la Verdad» y lo encontraba tan gratificante como escuchar su disco favorito con un profundo rayón. El Hada de la Verdad tenía un carácter muy desconfiado. Acusaba a Laura de derrumbarse bajo el peso de las expectativas de los padres y de haberse casado con Vince, entre otras cosas, para no ir a la universidad. En su opinión, Laura había temido ir a la universidad por miedo a fracasar; había temido quedarse de pie para no caerse de bruces. El hada, ade-

más, había desenterrado el desdichado recuerdo de su aborto espontáneo y su casi obsesiva e infructuosa búsqueda posterior de otro embarazo. Si hay que decir la verdad, el Hada de la Verdad la inquietaba. Pero dejó de escucharla cuando empezó a tomar Prozac.

El reloj del vestíbulo dio la una y Laura se puso a hacer la comida. Batió huevos con queso y hierbas del jardín, vertió la mezcla en una sartén caliente que estaba al fuego y luego la observó subir y burbujear hasta convertirse en una esponjosa tortilla dorada. La bandeja estaba preparada con una blanca y almidonada servilleta de hilo, cuchillo y tenedor de plata y un vaso de tónico de flor de saúco. En la puerta del estudio, se la entregó a Anthony y recogió de sus manos los restos del café matutino. Las galletas estaban intactas.